

LA CORUÑA

LUGARES Y ACONTECIMIENTOS DE HACE UN SIGLO

Juan VILLAR FERRER

Temporae
T

© 2012, Juan Villar Ferrer
© 2012, de esta edición, TEMPORAE
C/ Arenal, 21
28013 Madrid
Telf.: 91 230 58 80/90
Fax: 91 542 58 89
E-mail: info@temporae.es
<http://www.temporae.es>

Diseño de cubierta: Javier Fernández Lizán
Cartografía: Rafael Sanz
Maquetación: Pura Portero Azorín

ISBN: 978-84-939440-7-0
Depósito Legal: M-20125-2012

Impreso en España/*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

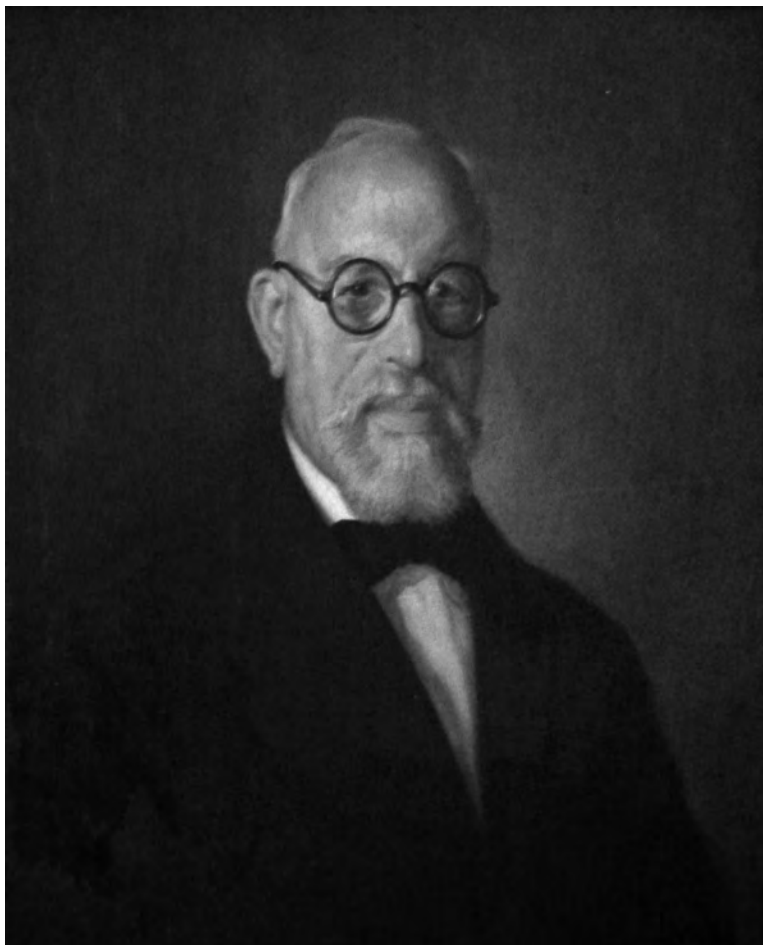
Agradecimientos	11
El fotógrafo: José Villar Martelo	13
La fotografía estereoscópica	23
Un paseo por La Coruña de hace un siglo	29
1904. Hundimiento del <i>Diligent</i>	139
1906. Fiestas de la ciudad	153
1908. Entierro de Curros Enríquez	167
1909. Visita de Alfonso XIII	179
1911. Primer vuelo sobre La Coruña	195
Epílogo	211
Bibliografía	213

*A Almudena, mi mujer...
me faltan las palabras para decirle
cuánto la quiero.*

Este libro es el resultado del esfuerzo de muchas personas. Me gustaría dar las gracias a mi avia, Rosario Pagés, por quererme tanto y haberme inculcado su pasión por los relatos y la lectura. A mis padres, hermanos y sobrinos, en especial a nuestro ahijado Pablo, que aún es demasiado pequeño, pero que espero que algún día lea este libro. A la hemeroteca de *La Voz de Galicia*, y en particular a Ignacio Blanco, por haberme facilitado numerosos datos. A María Dolores Prieto, memoria viva de una época, que de pequeño me daba veinte duros cuando le ayudaba a subir la compra a la casa de mi abuelo, y que ha compartido conmigo sus vivencias de otros tiempos. A Perillo, Carmela y los empleados de la farmacia y la droguería Villar, que me han visto crecer. A Leandro de Gabriel, de la editorial Tempora, con quien espero compartir futuros proyectos. Y a mi bisabuelo, al que no llegué a conocer, pero al que en muchos momentos, descubriendo imágenes fascinantes de hace cien años, he sentido como alguien cercano.

Y a ti, lector, por tu interés en recordar cómo era La Coruña en otra época.

A todos vosotros, muchas gracias.

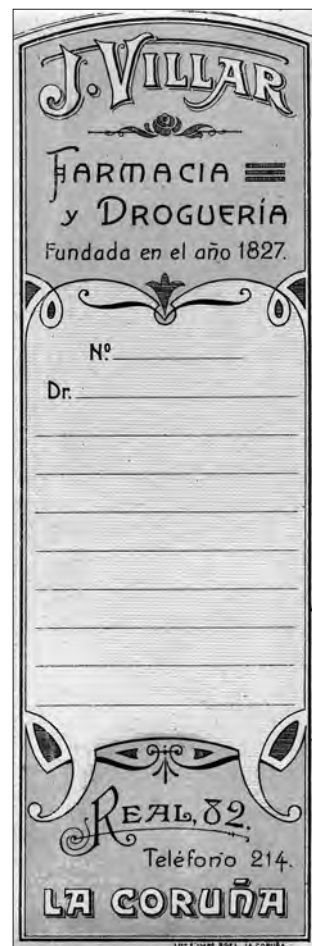


José Villar Martelo (1873-1961).

El fotógrafo: José Villar Martelo

Los coruñeses que conocieron a José Villar Martelo (y eran la mayoría) se habrían referido a él como don Pepe, el boticario de la farmacia Villar. Era de estatura media, sonrisa fácil y ojos castaños, y a simple vista se percibía que era ligeramente bizco, por lo que sobre su nariz llamaban la atención unos curiosos anteojos redondos. Siempre mostraba una barba de chivo perfectamente recortada, y su atuendo habitual era un traje oscuro (de lana Manchester en invierno) con camisa blanca, realzado con una pajarita negra. En cuanto al calzado, unas buenas botas de cuero. Era frecuente ver, colgado de su hombro, un estuche que albergaba en su interior una extraña cámara de fotos de doble objetivo.

Para contactar con él, la primera opción era acudir a la farmacia Villar, en el número 82 de la calle Real. Nada más entrar, a la derecha, oculto tras un escritorio, José repasaba las cuentas del negocio y controlaba el trato que sus empleados ofrecían a los clientes. Si el escritorio estaba vacío, debían dirigirse a la tienda de fotografía Villar, en el portal contiguo. O a la droguería Villar, situada en la calle trasera, la calle Olmos. Don Pepe dirigía los tres negocios. De ellos, englobados todos en la compañía Sucesores de J. Villar, la farmacia era el negocio original. Su abuelo, que también se llamaba José, le había pasado el testigo a su padre, don Juan, y este a él, la tercera generación. Si don Pepe no estaba regentando sus establecimientos, la mejor opción para encontrarlo era acercarse hasta el Obelisco. A media mañana, todos los días, cogía el tranvía en esa parada y, mientras esperaba, deslizaba la mano en el bolsillo de su chaqueta para, con un guiño, repartir algunas gominolas medicinales de menta entre los niños que esperaban junto a él. Los pequeños sonreían felices ante un pequeño lujo que la mayor parte de los coruñeses no se podía permitir. Se apeaba en la calle Comandante Barja y se sentaba en un café en el que leía el ABC y saludaba a sus nietos, que jugaban en la terraza. Cuando el tranvía terminaba el recorrido y





Puente de Brooklyn, Nueva York.

El feliz padre, don Juan, regentaba la farmacia Villar. Había sido el único hijo varón de don José Villar y Vázquez, procedente de Betanzos, que la había fundado en 1827.

Don Juan era profundamente religioso y monárquico, y junto al médico, el banquero y el alcalde era una de las fuerzas vivas de La Coruña. En la rebotica eran frecuentes las tertulias en las que diferentes personalidades de la ciudad discutían acerca de política, de los últimos adelantos científicos, o de cualquier tema con suficiente importancia. Poco se sabe acerca de la niñez y juventud de José Villar Martelo, aunque es probable que cursase sus estudios en el colegio Dequidt. Sabemos que en su grupo de amigos de la infancia se contaba al pintor Francisco Llorens, al que dedicó una serie de diez fotografías a su vuelta de un viaje de aprendizaje a Roma. Además, una tradición familiar permite contemplar, en el despacho

daba la vuelta, don Pepe volvía a cogerlo hasta el Obelisco. Todos los días.

Si no estaba cuidando de sus negocios, ni había ido a ver a sus nietos, es posible que se encontrase en la Sociedad Filarmónica, de la que era presidente. O quizás se había embarcado en uno de sus viajes al extranjero: Francia, Italia, Suiza, e incluso se decía que había estado en Uruguay y hasta en Nueva York. Pero para contar su historia será mejor comenzar por el principio, así que comenzaré por su nacimiento. Su madre, doña Emeteria, le dio a luz el 4 de diciembre de 1873 en el primer piso de la calle Real, número 82.

de la farmacia Villar, el retrato de cada uno de los farmacéuticos, y debajo de ellos, los títulos universitarios correspondientes a sus licenciaturas. El retrato de don Juan, padre de José, presenta en su margen inferior izquierdo la firma de Francisco Llorens. Conocemos, por historias familiares, que tenía cuatro hermanas, de las que una falleció joven, por lo que solo han llegado hasta nosotros los nombres de las otras tres: María, Antonia y Elvira. José se licenció con sobresaliente en la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela en junio de 1894, cuando tenía veinte años. Parte de sus libros de texto estaban escritos en latín y en francés, por lo que deduzco que dominaba ambos idiomas. Juan, su padre, había fallecido pocos meses antes de su licenciatura y, como era costumbre en la época, todas las tierras, joyas y posesiones materiales se distribuyeron entre las tres hijas. Al hijo varón, al que se le habían dado estudios, le correspondía llevar el negocio familiar, pero los beneficios o las pérdidas debía repartirlos con sus hermanas.

Esos primeros años estuvieron muy marcados por la Guerra de Cuba. La Coruña era puerto de embarque de las tropas españolas hacia la isla caribeña en la que los cubanos luchaban por su independencia. Entre 1895 y 1898 más de veinte mil repatriados, con heridas de diversa consideración y afectados por enfermedades tropicales, habían desembarcado para su recuperación en la ciudad.



Llegada de Francisco Llorens de Roma.



Exposición Universal de París,
año 1900.

Cuando el Hospital Militar resultó insuficiente, se establecieron salas accesorias en el parque y maestranza de Artillería, así como en el cuartel de Alfonso XII (actual cuartel de Atocha). Incluso se hizo necesaria la creación de un sanatorio en el Camino Nuevo (actual Juan Flórez), que fue sufragado por suscripción popular. La pérdida de la última colonia española en ultramar supuso que el ánimo de

toda la población se ensombreciera. Además, significó un varapalo para el comercio, ya que la ruta comercial La Habana-La Coruña era cubierta por varias compañías. En esos años difíciles José Villar se casó con Matilde Cabo Perfumo, compañera inseparable y paciente esposa, de la que las historias familiares cuentan que, frente al derroche de vitalidad de su marido, solía permanecer en un segundo plano. Era de apariencia delicada, y padecía lo que en la familia Villar se comenzó a llamar «mal de maleta», es decir, no era aficionada a viajar, y le hubiese gustado permanecer tranquilamente en su casa en vez de realizar los continuos viajes y excursiones en los que acompañaba a su esposo. El año 1900 supuso un gran cambio en su trayectoria, tanto profesional como personal, cuando la pareja viajó a la Exposición Universal de París. Esta, que se celebró entre el 15 de abril y el 12 de noviembre, fue visitada por más de 50 millones de personas. Era el escaparate de todos los países que buscaban inversión extranjera y turismo, pero también era el punto de encuentro del conocimiento. Inventores de todo el mundo competían por hacerse con las medallas ofrecidas en las distintas categorías. La exposición ocupaba dos zonas de más de cien hectáreas cada una. La primera, en el Campo de Marte, en el bosque de los Inválidos y en las orillas del Sena, en la que se encontraban los pabellones internacionales. La segunda, en el bosque de Vincennes, donde estaban las casas de los trabajadores, era en la que se mostraban los últimos avances en materias como la agricultura y el ferrocarril, y donde se realizaban los concursos deportivos. En uno de los pabellones de la exposición se exhibían los avances en fotografía realizados por Jules Richard, un inventor parisino que había perfeccionado la técnica de la estereoscopia (actualmente conocida como 3D), mediante una cámara, a la que había puesto el nombre de Verascope y un visor llamado Taxiphote, necesario para que el efecto tridimensional de las imágenes fuese efectivo.

José Villar se quedó fascinado con la fotografía estereoscópica, así que adquirió tanto la cámara como el visor, que le acompañaron a su vuelta a casa. Sería el inicio de una de sus grandes pasiones. Aunque



José Villar en la clínica Kocher.
Berna (Suiza). Año 1910.

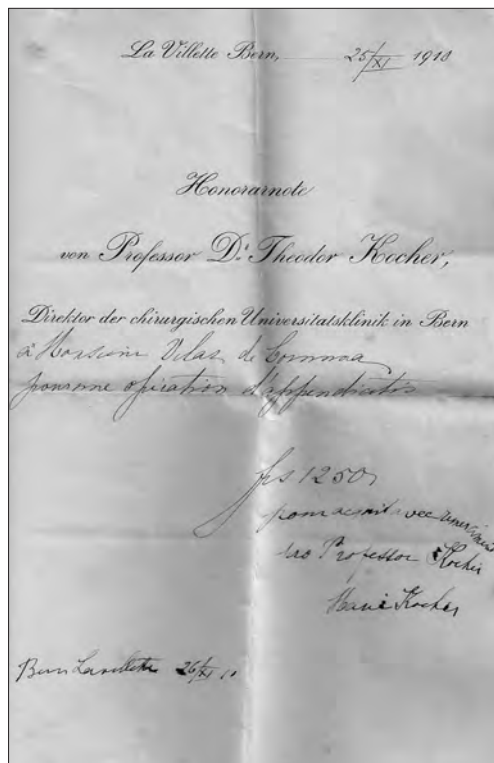
dirección asumió en 1903. Desde 1900 a 1930 recorrió Galicia con sus cámaras de gran focal, por lo que más de cuatro mil fotografías suyas han llegado hasta nuestro días. Tanto Louis Sellier como Pedro Ferrer se abastecían en la farmacia Villar de los productos químicos necesarios para su oficio: sulfito o bromuro de sodio y bromuro de potasio eran necesarios para el revelado y fijado de las imágenes en las frágiles placas de cristal.

La cámara Verascope que José Villar había adquirido en Francia tenía varias particularidades que la hacían especialmente versátil. Para comenzar, los tiempos de exposición eran muy cortos, de fracción de segundos, así que era posible fotografiar cualquier cosa, incluso en movimiento. Utilizaba cargadores de hasta veinticinco placas de cristal, por lo que, tras tomar una instantánea, con un

para entonces la fotografía llevaba existiendo en La Coruña más de cincuenta años, en su mayor parte estaba enfocada a la realización de retratos. A solo cuatro portales de la farmacia Villar se encontraba Fotografía de París, de Sellier Hermanos, regentada por Louis Sellier. Este procedía de Lyon y se había casado con una hija de Antonio Avriñón, que en 1845 había introducido la fotografía en la ciudad. Se encargaba, además de la realización de retratos en su estudio, de inmortalizar estampas de Galicia y eventos variados con los que editaba series de postales. Pedro Ferrer, el otro fotógrafo importante de la ciudad, era hijo del dueño de unos talleres de fotograbado e imprenta, cuya

simple movimiento del cargador trasero se intercambiaba la placa de cristal usada por una nueva, y la cámara quedaba lista para volver a apretar el disparador. Además, si veinticinco tomas no eran suficientes, se podía quitar el cargador e insertar uno nuevo sin la necesidad de hacerlo en el cuarto oscuro. Por si lo anterior no fuese suficiente, sus dimensiones eran menores de lo habitual y su peso, muy reducido, lo que la hacía muy manejable.

José pronto acondicionó una buhardilla como cuarto oscuro, sellando las ventanas mediante tapas de madera hechas a medida que se podían retirar moviendo unos pestillos. Allí comenzó a revelar sus placas de cristal, a la luz de un candil, mientras su mujer le recriminaba estar perdiendo el tiempo y descuidando la farmacia, el negocio que les daba de comer. En 1910 el matrimonio se fue de viaje a Suiza. Una clínica de Berna era el único lugar donde le aseguraban que le extirparían con éxito el apéndice, así que tomaron un barco hasta el puerto francés de Le Havre, y desde allí continuaron el viaje hasta la ciudad. Durante más de un mes recorrieron el país alpino, inmortalizando en fotografías estereoscópicas todas las ciudades que visitaron. Tanto se aficionó a este arte que decidió fundar, a su regreso, la primera tienda de fotografía de La Coruña. Probablemente aprovechó su paso por París para contactar con las principales casas de fotografía, como la de los hermanos Lumière. De esta forma, en 1912, abrió sus puertas Fotografía Villar, donde se podían adquirir cámaras, trípodes, y todos los accesorios que existían en la época. Poco después lo amplió con el primer servicio de revelado fotográfico de la ciudad, para evitar que sus clientes tuviesen que enviar a Madrid o a Francia



Factura de la operación de apendicitis de José Villar en Suiza. Año 1910.



Mariquiña y Juanito saltando en las dunas de la playa de Santa Cristina.

las placas de cristal para su revelado.

Esta fue una época feliz ya que en ella, además de conseguir un gran éxito en los negocios, se produjo el nacimiento de sus cuatro hijos: María Asunción, Juan, José y Matilde. De la misma forma que los coruñeses apodaban cariñosamente a José Villar como don Pepe, pronto sus hijos tuvieron también sus propios apodos: su hija mayor, María Asunción, pasó a ser conocida como Mariquiña; al segundo, Juan, le llamaban Juanito; al tercero, José, el apodo que le correspondió fue el de Pepito, mientras que los coruñeses se referían a la benjamina, Matilde, como Matucha. Conforme sus hijos crecían, José los retrataba: en el patio trasero de la casa, mientras el dentista extraía una muela a Juanito, saltando desde las dunas de la playa de Santa Cristina, sobre un pajar en Oza de los Ríos, en los jardines de Méndez Núñez, con algunos de sus amigos y en la visita del batallón infantil del colegio Dequidt a Lugo, al finalizar el curso.

En 1914 se desató en Europa la

José Villar y su esposa, Matilde Cabo, sobre un pajar en Oza de los Ríos. Año 1913.





La familia Villar-Cabo en Perillo.
Año 1913.

I Guerra Mundial, que provocó que los negocios familiares tuvieran pérdidas por primera vez debido al desabastecimiento y a los problemas con los principales proveedores de productos químicos. Esta situación trajo consigo una grave crisis familiar entre José Villar Martelo y sus hermanas. Acostumbradas a recibir anualmente parte de los beneficios, se negaron a aportar dinero para salvar los negocios. Tal fue su enfado que dos de ellas, solteras, donaron todas las joyas familiares a una congregación religiosa con el único fin de que nunca llegasen a manos de su hermano, al que acusaban de estafarlas. José Villar se vio obligado a recurrir a préstamos no solo para inyectar liquidez, sino también para adquirir la parte de la farmacia que sus hermanas tenían. Con tiempo y esfuerzo logró que la situación se estabilizara y que los negocios volviesen a florecer. Y mientras tanto, a escondidas en su buhardilla, revelaba unas pequeñas placas de cristal: de Madrid, de Toledo en su visita durante el Corpus, de Santiago de Compostela, o de los festejos de la ciudad, de 1911, en los que a un piloto francés, llamado Garnier, se

le habían pagado cuatro mil pesetas por dos vuelos en un cacharro en el que él, ni por todo el oro del mundo, se hubiese atrevido a subir. Tras el revelado, cortaba los negativos y los depositaba con cuidado en un sobre de cartón, donde escribía el título y la fecha. Y poco a poco los iba guardando, en un pequeño baúl primero y, cuando estuvo lleno, en una maleta de viaje.



Cajas en las que se ha conservado el archivo de José Villar Martelo.